

EL QUOTIDIANO

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO XI—T. XI |

San Salvador, Domingo 12 de Julio de 1891.

| S. XL—N. 476

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

José Antonio Aguilar.

AGENTE GENERAL

Federico Prado.

REVISTA DEL MOVIMIENTO CATÓLICO.

Mayo de 1891.

VII.

Durante los días 9, 10, 11 y 12 de Abril, Roma ha celebrado con grandes fiestas el Centenario XIII de San Gregorio el Grande, gloria y honor del Pontificado. Las grandes Basílicas Patriarcales fueron el teatro de estas severas solemnidades, honradas con un Breve de Su Santidad León XIII, y en las cuales figuró como una de las manifestaciones características el canto gregoriano cuyo inventor se festejaba, habiéndose hecho antes largas y curiosas investigaciones para depurarle, resucitando de los archivos antiguas composiciones y tradiciones escritas, que vinieran á demostrar en toda su pureza la obra de San Gregorio.

Las grandes Basílicas donde tuvieron lugar estas fiestas religioso-musicales, guardan recuerdos del insigne Pontífice á quien Grande apellidó la historia. Así San Pablo en la vía-Ostia conserva la memoria del legado instituido por San Gregorio, para conservar á perpetuidad una lámpara ante la tumba del Apóstol de las naciones; San Pedro en el Vaticano se honra con su sepulcro, y en el altar se vé al gran Papa deteniendo á las hordas de los bárbaros, escena representada por medio de un magnífico relieve; Santa María la Mayor no olvida el recuerdo de las *Lecturas Mayores*, instituidas en aquella Basílica por San Gregorio contra la desoladora peste de Roma, y que inmortalizó para siempre el Calendario católico, la sagrada liturgia y el Angel del Castillo; y San Juan de Letrán, donde obtuvo aquel Papa en otra invasión de los bárbaros, que los que se refugiaban en aquella iglesia salvarían la vida.

Además de estas grandes Basílicas, celebróse el Centenario de San Gregorio con especial solemnidad en la iglesia de San Gregorio Cœlius, en cuyo monasterio adjunto se conservan los gratos recuerdos de la permanencia que allí hizo el Gran Pontífice y de las heroicas virtudes que allí practicó, muy especialmente de su caridad para los pobres á quienes servía á la mesa con toda la humildad de un Santo, mesa que aún se conserva todavía en el lugar donde mereció aquel Papa contemplar á un ángel que tomaba asiento entre los mendigos. Hijo de la ilustre Orden Benedictina que ha llenado los altares de Santos, la Silla de San Pedro de Papas, y el Episcopado con sus religiosos; aquel monasterio de la familia de San Benito que vió á San Gregorio con la cogulla honrando el hábito religioso, debía celebrar y celebró al Pontífice

músico, con una solemnidad excepcional, hasta el grado que Von Pethier, sabio benedictino de Solesmes, llegó á Roma con el solo objeto de dirigir el canto gregoriano que la *Schola Cantorum* del Seminario francés, ejecutó en las *vísperas* y Misa del Centenario de San Gregorio en su iglesia de Cœlius; religioso tan notable, que en una reunión de Cardenales y Prelados Su Santidad León XIII le elogió, anunciando á aquellos ilustres personajes la llegada á Roma de tan preclaro benedictino.

Las célebres Capillas musicales de Roma han tomado parte en estas grandes fiestas del Pontífice músico, y realzado su esplendor con las mejores tradiciones de las melodías gregorianas y de la escuela de Palestrina; aprovechando esta ocasión Su Santidad León XIII de reconocer cuanto ha merecido el célebre Maestro Mustafá por la música sagrada, le ha conferido la encomienda de la Orden de San Gregorio el Grande.

¡ Los bárbaros están dentro de Roma! Una terrible explosión de cierto polvorín así lo ha revelado al mundo religioso y al mundo del arte, y la Religión y el arte tiemblan ante el peligro que amenaza día por día al Vaticano, á Roma, al Rey de Roma.

Ese gobierno que intruso reina desde el Quirinal, no por el derecho sino por la fuerza, soñaba ó sueña que se aprestan á acercarse á Roma las huestes de Selim ó Soliman, los terribles tercios mahometanos armados de cimitarras, ó bien Atila y sus hunos, Gensérico y los bárbaros, cuando ha preparado al rededor de la Ciudad Eterna tantos depósitos de elementos de guerra: granadas, pólvora, bombas, dinamita, armas, cañones, fulminantes, en tal cantidad, como para resistir á los hijos del Islam en la época de su enorme pujanza, que pasó para no volver, ó bien al azote de Dios seguido de sus terribles huestes. Y entre tanto, la Roma del Papa, la Roma del arte, está sobre un volcán, que por explosiones de tan infernales elementos guardados á su rededor, pueden producir que mañana la Ciudad Eterna ya no exista, y su Pontífice, y sus monumentos de arte, y sus tesoros artísticos desaparezcan á causa del delirio de hombres que ven enemigos allí donde no existen. ¡ Anatema lanza sobre ellos el mundo católico! ¡ el mundo del arte! Más estén seguros los modernos vándalos, que si el actual Pontífice desapareciera entre las ruinas de Roma, el Pontificado no desaparecerá mientras los tiempos no se consumen; y aún sobre esas ruinas humeantes, se levantará erguida la figura del sucesor de Pedro dictando los oráculos de Dios al mundo entero, á pesar de los enemigos de la Iglesia.

Rodear de polvorines á Roma, á Venecia, á alguna otra de esas ciudades artísticas de Italia, acumulando allí todos los elementos de guerra propios de las últimas invenciones, que bajo este aspecto son infernales y horribles, y en tal cantidad como para sostener una guerra de cien años, ó resistir una invasión espantosa como esas de que nos habla la historia, cuidado que se necesita estar loco. Loco, si se cree en falsas y mentidas invasiones; loco si se cree que la Italia es una gran potencia y que por la fuerza va á dominar la Europa, á poner en aprieto á la Alemania, á dominar la Rusia, á aterrorizar á la Austria, á asustar á la España, á medirse con la Inglaterra. No, por favor, no son los batallones de soldados italianos los que podrán batirse con los héroes de san Quintín y Lepanto, con los húzares de la muerte, con los magyares de Hungría, con los batallones cosácos, nó; ni será la política italiana la que domine en Berlín y San Petersburgo, en Windsor, Sain James ó Viena, son vanos sueños estos, y vanos sueños que ponen en peligro á la Reina del arte, según se ha venido á descubrir ahora con la explosión del polvorín, que ha revelado la existencia al rededor de Roma de otros muchos depósitos militares de materias explosivas é inflamables.

Pero damos de barato que la Italia, con su Rey Humberto, va á dominar la Europa entera por la fuerza de sus legiones, y á ser el árbitro de los destinos de las grandes potencias; concedámosle su preponderancia política sobre los grandes Imperios, pregunto yo, esta sería una causa para que sus grandes depósitos militares los fuera á colocar á las puertas de Roma, de Venecia, de Nápoles?; no hay lugares despoblados en Italia para constituirlos en arsenales? Hé aquí lo que no se explica el mundo católico y el mundo artístico, aún suponiendo á la Casa de Saboya y á la Italia *irredenta* meciéndose en esos vanos sueños quijotescos, y no pudiendo explicársele el mundo católico que es el mismo mundo artístico, saca esta consecuencia lógica que es un comentario de la historia: los enemigos de la Iglesia, los enemigos del Pontificado, son los enemigos de las Bellas artes, y exclama: ¡Los bárbaros están dentro de Roma!

La Iglesia en cada momento de la historia ha creado las instituciones que mejor convienen á la época y país de que se trata, encontrando en su fecundo y santo seno, hijos capaces de todos los heroísmos y de todos los sacrificios en bien de sus hermanos, y obteniendo por medio de estas instituciones todo el fruto que se había propuesto. A cada necesidad le encontró un remedio y jamás salieron fallidas sus esperanzas; hija de Dios, Esposa de Cristo, asistida por el Espíritu Santo, ella ve en toda su extensión el mal que se deplora, y saca de sus tesoros inagotables los recursos necesarios para destruir en su origen, en sus fuentes y en sus resultados ese mismo mal.

La historia de las Ordenes religiosas es la prueba más convincente de esta verdad consoladora. Así en el siglo XIII hace nacer las Ordenes de Predicadores y Menores que destruyen los espantosos males que lloraba la Europa; las invasiones de los árabes producen aquellas Ordenes de Caballería: Calatrava, Santiago, Montesa y tantas otras; los cautivos que arrebatan las hordas musulmanas y los sumen en las prisiones ó mazmorras de Granada y Berbería, hallan redentores en Pedro Nolasco y sus Caballeros de la Merced; el Protestantismo encuentra un dique en la Compañía de Jesús, que fundara en Montmartre el Herido de Pamplona; las miserias y los miserables hallan un alivio en el corazón de Vicente de Paul y las Hijas de Caridad.

Cada época tiene su necesidad especial, y al verla

la fecunda Madre, dice á sus hijos aquí está el remedio, y sus hijos se levantan y van á poner en práctica aquello que les indicó su Madre, y la necesidad quedó remediada. Los enemigos de la Iglesia gritan ante esas Ordenes y Congregaciones que de su seno ha hecho brotar el Catolicismo, pero no son más que gritos; la historia habla muy alto, y nunca, jamás, de las filas del cisma, de la herejía, de la impiedad se ha visto venir un mercedario que se quede en prisiones en lugar de sus hermanos, una hermana de la Caridad que venga á asistir á los enfermos, un lazareto que se exponga á contraer la lepra; no, y es que para llevar á cabo este heroísmo sobrehumano, se necesita el amor de Dios, y el amor de Dios no vive sino en el seno de la Iglesia católica, única santa y verdadera.

¿Qué han hecho las Naciones civilizadas de Europa en pleno siglo XIX para abolir la trata de esclavos en el Africa? ¡Condenarla! ¡Escribir tratados! . . . nada más; tienen en sus manos la fuerza, la preponderancia política, la filantropía á su servicio, y el fruto no es ninguno, la trata subsiste en toda su horrible desnudez. León XIII dice, ha llegado la hora de que la Iglesia destruya la trata de esclavos, id Arzobispo de Cartago, Primado de Africa, Cardenal Lavigerie, id por los pueblos de Europa á predicar la Cruzada anti-esclavista, y el Cardenal va y la predica: se forman comités, se recojen inmensas cantidades de dinero y 1780 solicitudes hay ya en París de valerosos católicos que desean consagrarse á esta empresa!

La orden de los Hermanos del Sahara ha nacido del corazón del Cardenal Arzobispo Lavigerie, á la voz potente del Pontífice León XIII, que le encomendara tal empresa. El año 1891 es testigo del nacimiento de una nueva Orden religioso-militar, que ha brotado del seno fecundo de la Iglesia, tan fecundo como siempre, Orden que va hoy á ser émula de la Orden de la Merced, religioso militar como aquella, pero que en diversas épocas y circunstancias viene á llenar su cometido bajo otro aspecto y en otra forma.

El 5 de abril de 1891 ha tenido lugar en Biskra la inauguración de la primera casa de los Hermanos del Sahara y la fundación de la nueva Orden, ante una concurrencia inmensa de indígenas y europeos que asistían á este espectáculo consolador y magnífico.

Allí presidía el Cardenal Lavigerie, el ya célebre Arzobispo de Cartago, quien bendijo los nuevos edificios construidos al efecto con las abundantes limosnas recogidas, inaugurándose con este acto la "M" Sallah (casa de oración), primera etapa de los Hermanos del Sahara y su primer noviciado. Por la mañana bendijo el Cardenal los blancos hábitos de los Hermanos, que llevan una cruz sobre el pecho, y que algo recuerdan el hábito mercedario; estos religiosos son á la vez militares y labradores, y después de un año de noviciado en que se dedican al cultivo de la tierra y al cuidado de los enfermos y heridos, son enviados al desierto para servir de vanguardia á los misioneros y empezar una verdadera cruzada contra los tratantes de esclavos. Deben hacerse célebres por su bondad en toda la extensión del desierto, cuidando á los esclavos enfermos y recogiendo á los fugitivos; cultivarán ese mismo desierto teatro de su heroísmo, cavando pozos y buscando oasis, siendo necesario que sean excelentes tiradores de fasil, cuyo manejo aprenderán en el noviciado.

No consumen otro alimento que el que proporciona el desierto: dátiles, liebres, tórtolas, garzas; en sus domicilios tienen por únicos muebles lechos de campaña y una estera para sentarse á comer; se levantan

muy temprano, y después de la oración de la mañana se consagran al trabajo durante ocho horas, interrumpidas por dos horas de recreación. El domingo cesa el trabajo y la Comunidad se distrae con manobras militares y con aprender el árabe.

Los cincuenta primeros héroes que han tomado el hábito, permanecerán en Biskra como en un noviciado durante quince meses, preparándose á su nuevo apostolado, aprendiendo los dialectos de los pueblos del desierto, perfeccionándose en las faenas agrícolas y en el manejo de las armas. Obtenido esto, los Hermanos del Sahara se internarán en el desierto, se detendrán en un lugar provisto de agua y crearán un oasis, elevando allí el *Brit-Alláh* ó casa de Dios que estará abierta á todo ser humano. Dividiéndose los religiosos en grupos: constructores, agricultores, cazadores, &, y estarán acompañados por dos misioneros y un médico negro, esclavo rescatado, iniciado en la medicina. Así la Orden introducirá la civilización cristiana entre los pueblos ó habitantes y traficantes del desierto que viven del pillaje, acostumbrándoles al trabajo y haciendo que termine la trata de esclavos, que el mundo moderno con todos sus ejércitos y charlatanería consiente, permitiendo los mercados de Marruecos, Trípoli, Egipto y Turquía, donde la carne humana se cotiza y vende, como se cotizan y venden las bestias.

El Cardenal al bendecir los edificios de Biskra, pronunció un brillante discurso ante los Hermanos y la inmensa concurrencia que asistía á la fundación de la Orden. Entre otros conceptos, decía: "El Sahara es el paso forzoso de los negros destinados á los mercados de la Turquía, Marruecos y Trípoli. Este infame tráfico es de esperar cesará pronto, pues en el comité antiesclavista de París hay 1780 solicitudes pidiendo ingreso en la Asociación. . . . Necesitais verdadero heroísmo para afrontar á la vez todos los peligros. . . . El objeto de la Asociación de los Hermanos armados del Sahara es abrir definitivamente al mundo civilizado el interior de ese negro continente, á cuyo acceso se ha opuesto hasta ahora una barrera infranqueable de la más cruel barbarie; y al tomar parte en tan laudable empresa, tendréis tanto mayor derecho á las bendiciones del cielo, cuanto que lo haceis sin esperanza alguna de recompensa terrenal."

¡He aquí las obras de la Iglesia católica y el heroísmo de sus hijos!

JESÚS FERNÁNDEZ.

SECCION CIENTIFICA.

La fé ante la ciencia moderna.

XXII.

(Continuación.)

Del abuso que en nuestros dias se hace de los estudios científicos, matemáticos y demás.

Todo el mundo está de acuerdo en rendir homenaje á la ciencia, y las chanzas que puedan atraerse los sabios no impide el que ellos sean apreciados. Pero hay dos peligros en el estudio de las ciencias: primero, el de aprenderlas superficialmente, lo que conduce á que se esté orgulloso de poseerlas; y segundo, el de aprenderlas con demasiada profundidad, con tal extensión que no quede en su mente lugar para nada más, ni siquiera para Dios.

Este doble abuso se halla á la orden del dia, desde hace ya más de un siglo. Nació de la incredulidad y de las aberraciones que se titulan filosóficas de la

escuela volteriana, que ha querido llenar por medio de la ciencia el vacío inmenso producido en las almas con la exclusión de la fé. Se ha imaginado un nuevo sistema de educación diametralmente opuesto al de la Iglesia: la Iglesia poniendo cada verdad en el lugar que le correspondía, las subordinaba con un talento y una lógica maravillosa, y la ciencia divina, la fé y la teología dominaban, como era justo, todas las ciencias puramente humanas. Vino el filosofismo, y puso de lado la Iglesia y la fé, é inventó, contra esta y aquella, todo un sistema de educación y de enseñanza revolucionarias, que se pudiera llamar educación científica.

Los que en el último siglo adoptaron este sistema se equivocaron miserablemente. Se habian figurado que la educación científica era la educación propiamente dicha, mientras que no es más que una parte incomparablemente pequeña y la menos importante de la educación; pues carece de valor, si no se apoya en la educación moral. Se han dedicado todos los talentos á la ciencia, y se ha hecho de la moral una especie de accesorio, un suplemento de pura conveniencia. Esta educación científica y anticristiana ha producido, en menos de treinta años, las horribles hecatombes del 89, del 93 y del Terror.

Ella ha sobreexcitado y llevado á su colmo la pasión que hoy en dia devora nuestra sociedad, á saber: la fiebre de goces, y la aspiración al bienestar material y al lujo.

Ella tiende á cambiar el mundo, transformándolo en un pueblo de industriales, de obreros hábiles para hacer máquinas, puentes, caminos de hierro, tejidos, hilados, lienzos, algodones. Pero ¿es todo esto lo que constituye el hombre? ¿Es el hombre una máquina, un útil destinado á ganar el mayor salario, á producir los mayores resultados materiales posibles en un tiempo dado? ¿Es que no tiene el hombre otro fin que el material, el industrial, el terrestre? ¡Qué aberración!

Es que se necesita la moral para contener la acción peligrosa de la ciencia, acción mucho más peligrosa desde que esta ciencia anda sola. ¿Qué es, en efecto, la moral sino la alta dirección de la vida? ¿Y qué es esta dirección sino el conocimiento y el servicio de Dios, ó en otros términos, el conocimiento y la práctica de la Religión? Sólo la Religión nos hace vivir en la vida real, que se resume en tres puntos fundamentales: el servicio de Dios, los deberes de estado y los deberes de familia. La educación científica, tal como la entiende el mundo moderno, no es tan solo impotente para llenar este triple objeto: lo ignora y lo desconoce; lo ignora y se vanagloria de ignorarlo. Ella arroja al niño, y por consiguiente al hombre, y por consiguiente á la sociedad, en una senda desviada; le hace vivir fuera de la vida real, y de ahí procede un desorden incalculable, inmenso.

Ella enseña á nuestra inteligente juventud lo que en resumen puede impunemente ignorar un perfecto hombre de bien. Cuantas patas tiene una araña; cuanto pesan la luna ó el sol; á cuántos millones de millones de leguas de distancia nos hallamos de tal ó cual planeta; en qué órganos se forma el veneno de la víbora; como se verifica en el estómago de un gusano el acto de la digestión; de cuantos elementos se forma la pata de un pato, ó la hoja de un árbol, ó la piel de una rana; cuáles son las costumbres de los abejorros. . . . Ved ahí lo que saben nuestros jovenes *sabios*. Cómo se justifica y se regenera su alma; lo que Dios nos ha revelado; lo que es la base de la vida, el secreto del deber y de la felicidad; ved ahí lo que ellos ignoran. Poco les importa el saber si tiene el hombre un alma inmortal; hasta

acontece á menudo que niegan la existencia del alma. Su inteligencia y su corazón crecen fuera de Aquel que es la Luz, la Vida y el Amor; viven sin Dios, extraños á Jesucristo y á la Iglesia. Se les ha colmado tanto de cosas accesorias, que no hay en su corazón sitio alguno para las principales. Nada hay mejor que enterarse de lo accesorio, pero ha de ser con la condición de que se sepa primera y sólidamente lo principal, lo único necesario. Más de un siglo acá, pasa todo lo contrario entre nosotros.

En nuestra Francia, toda la Universidad en peso descansa sobre esta base esencialmente falsa; la educación científica es cada día más y más su sistema; quiera ó no quiera, la Universidad es la enemiga íntima de la Iglesia, la nutridora y la congregación docente de la sociedad revolucionaria, es la poderosa máquina neumática que quita á nuestras generaciones, si no la fé, por lo menos el espíritu cristiano, el espíritu católico, el espíritu de la fé. A pesar de las virtudes privadas y del indisputable saber de sus miembros, la Universidad es, por su misma esencia, el gusano roedor de la Francia católica; es un principio deletéreo, colocado junto á la raíz misma de esta noble planta.

De la educación científica y sin fé nos ha venido ese desbordamiento de insolentes doctrinas que juzgan á Dios sin miramiento alguno y que le piden cuenta de sus decretos; de ahí también esa falange tan numerosa á cuyos individuos con tanta facilidad se da el título de sabios, cuyos individuos han usurpado una influencia ilimitada. Muy á menudo sucede que de tal modo les ha desviado la educación científica, que ni tan siquiera la posibilidad admiten de su error: y vedlos ya infalibles. Las ciencias matemáticas sobre todo se han convertido para ellos en una especie de religión; son devotos de las matemáticas; y llevando en su propio pecado la penitencia, de conocimientos esencialmente verdaderos sacan, no solo un orgullo que les ciega, sino también errores, graves errores que les hacen caer en deplorables abismos.

Con el pretexto de que las matemáticas enseñan al hombre á raciocinar con seguridad sobre las relaciones de la magnitud, y proporcionan un maravilloso instrumento de solución para todas las cuestiones, cuyos elementos todos son ó pueden ser conocidos; con el pretexto de que las matemáticas, con todo su orden de ideas, resuelven con rigurosa exactitud toda clase de problemas, se quiere resolver todo por medio de las matemáticas; se quiere tratar por medio de su auxilio, una porción de cuestiones de orden totalmente distinto y cuyos elementos no se poseen todos.

Por lo demás, las matemáticas que prestan los mayores servicios cuando se las aplica bien, desatan por completo cuando se las aplica mal; y desatan tanto más, cuanto que el matemático, no habiendo visto la falsedad de su punto de partida, se figura que le pone á cubierto el incontestable rigor de sus deducciones. En materia de ciencia, hace lo que Rousseau hizo en materia de teorías sociales: el gran sofista, padre de la Revolución, partiendo de un principio falso, sacaba las interminables consecuencias lógicas cuyo conjunto forma el Evangelio, ó por mejor decir, el Alcoran de eso que se llama sociedad moderna.

Esto han hecho todavía con mayor ruido los San-Simonianos, los Fourieristas y tantos otros ideólogos, muy sabios y muy absurdos á un mismo tiempo, entre los cuales figuraban gran número de distinguidos matemáticos. Eran utopistas, inteligencias falseadas, cabezas indefinidas, hombres imposibles, rectos y sinceros muchas veces en la profesión de sus

errores, pero por esta misma razón desprovistos de sentido común.

Ahí está también en el fondo el error de una porción de politécnicos, de sabios é ingenieros, á quienes con razón se atribuye un increíble absolutismo. Verdad es que no son las matemáticas ni las ciencias las responsables de esas aberraciones; es la educación racionalista, que ha proporcionado el estudio impropio de esas ciencias; ved ahí la culpable.

Ella es la que hace salir al hombre, y por consiguiente á la sociedad, de las vías únicas verdaderas, únicas fecundas, de la vida real; ella la que ataca de frente á la fé, á la razón pública, á la verdadera ciencia y al buen sentido; ella la que inhabilita para los negocios y para las grandes empresas verdaderamente civilizadoras; ella la que hace al hombre discutidor, terco en sus propias opiniones, innovador por esencia, y menospreciador de la autoridad y de las sanas tradiciones. Ella es la que engendra la terrible raza de los semi-sabios, inteligencias falsas, orgullosos, revolucionarios, descontentos de lo que tienen, idólatras de los gustos y de las ideas extranjeras, dispuestos siempre á echar por tierra lo que ellos desprecian, es decir, todo. Poseen el orgullo de la ciencia sin poseer su sustancia.

Contra este deplorable sistema de enseñanza es preciso obrar enérgicamente y según la medida de nuestra influencia. Es preciso á toda costa volver á colocar la enseñanza y la educación en su verdadero sitio: la enseñanza religiosa, la moral cristiana. Es preciso, por medio de la fé y de su práctica, contra balancear por de pronto, y después si es posible reformar totalmente la obra absurda é impía de los ideólogos del siglo pasado. Es preciso proporcionar hoy más que nunca á nuestras jóvenes generaciones, especialmente á las que se dedican al estudio de las ciencias exactas y matemáticas, el contraveneno de una piedad palpable, sólida y práctica en supremo grado. La costumbre de orar, que eleva al alma; la confesión frecuente, que la hace humilde, pura y fiel; la frecuente comunión, que le da fuerza y luz, con la vivificante suavidad del amor de Jesucristo; las obras de misericordia y de caridad; ved ahí lo que más que nunca les es indispensable, para hacerles volver inmediatamente á la vida real, es decir, á la vida del espíritu, de la inteligencia, del corazón, y de todo lo que constituye el hombre y el cristiano. Si á una piedad viva pueden agregar la vida de la familia, se librarán en gran parte de los peligros del fetichismo moderno de las ciencias.

No me cansaré de repetirlo: la educación racionalista y científica es el azote más temible tal vez, en estos tiempos, de la Iglesia, de la Francia y de la Europa entera.

Una palabra ahora sobre el segundo de los abusos que más arriba hemos consignado, es á saber, sobre el exceso de esos estudios.

MONS. SEGUR.

SECCION DE LO INTERIOR.

Las Ordenes Sagradas, anunciadas en nuestro número anterior, tuvieron lugar en la Santa Iglesia Catedral y con la mayor solemnidad, en la mañana del domingo pasado.

Recibieron el presbiterado cinco de los seis diáconos que habían sido designados. El señor Diácono don Francisco Iraheta, cuya débil salud le ha impedido seguir sus estudios con regularidad y tener su preparación retirada en el Seminario como sus otros compañeros, á pesar de haber sido aprobado en su si-

nodo y de haber practicado sus ejercicios espirituales, solicitó de su Prelado la dilación de su ordenación, para prepararse mejor á ella en el Tridentino, á donde se ha trasladado.

Los nuevos Sacerdotes se disponen á celebrar cuanto antes, por primera vez, el Santo Sacrificio, y á emprender la vía apostólica en esta Diócesis tan necesitada de operarios evangélicos.

Aniversario.—El seis del corriente, á las ocho y media de la mañana, se celebraron en la santa iglesia Catedral solemnes sufragios fúnebres, por el descanso eterno del alma del señor doctor don Jorge L. Aguilar, cuya muerte cumplió el primer aniversario.

Dichas honras fueron dispuestas por su esposa, la señora doña Concepción L. de Aguilar, quien mandó hacer un hermoso catafalco en medio de la capilla del Santísimo Sacramento. Los oficios fueron muy solemnes y asistió á ellos numerosa concurrencia de los amigos y parientes de la familia.

Deseamos que estas preces de la Iglesia sean eficaces para gloria del alma del señor Aguilar, y para consuelo de su familia que puede, por medio de ellas, mantener con él los vínculos de la caridad.

A la Librería Moral y Religiosa de don Federico Prado y C.^a ha comenzado á llegar el pedido de libros hecho á Europa, por encargo de varias personas y por cuenta también de la Casa.

Es muy satisfactorio que entre los solicitantes de libros figuren en mayor número nuestros sacerdotes. Es una prueba más de que el clero salvadoreño ama el estudio, y el estudio, no de materias extrañas á su carrera, sino de las ciencias sagradas y de la literatura eclesiástica.

Pero más grato es aún, ver entre las obras pedidas por los sacerdotes, los *Comentarios á la Sagrada Escritura* por el P. *Cornelio A. Lápide*, célebre jesuita, reputado generalmente como el Príncipe de los comentaristas; cuya obra consta de 26 grandes tomos, á dos columnas.

Además, la no menos célebre obra monumental del J. P. Migne, titulada: "*Theologiæ cursus completus*" en 28 grandes tomos, á dos columnas. Esto prueba que entre nuestros sacerdotes, hay quienes se dediquen al estudio profundo de las obras magistrales y de consulta.

Entre las obras venidas por cuenta de la Casa, son muy recomendables los *Misales* y *Breviarios*, pues alcanzan hasta los oficios decretados recientemente á los Santos canonizados en nuestros días. Además la *Suma del Predicador*, que tiene cuatro discursos para cada uno de los domingos del año, por el P. D'Hauterive, en ocho tomos. Pero sobre todo, la magnífica "*Historia Universal de la Iglesia Católica*" escrita en francés por el sabio Abate Rohrbacher, en diez y seis tomos grandes, y que comprende desde la creación del mundo hasta el año 1866, esto es, hasta concluir las tres cuartas partes del pontificado de Pío IX. Esta Historia es considerada como una verdadera enciclopedia de la Iglesia Católica, pues la estudia bajo todas sus facetas, y es un tesoro de variados y utilísimos conocimientos.

Pronto llegarán once cajas más, donde viene el resto de los libros pedidos.

Defunción.—La señora doña *Beatriz de Dorantes*, una de las matronas más apreciadas por nuestra sociedad, entregó su alma á Dios en la mañana del ocho del corriente.

Sus virtudes y la amabilidad de su carácter le atrajeron el aprecio general.

Su enfermedad fué prolongada y penosa, pero sua-

vizada por los santos sacramentos y por las verdaderas prácticas de la fé para las circunstancias trabajosas de la vida.

Sus restos fueron trasladados á la Catedral, donde se le hicieron solemnes sufragios, y después se condujeron al Cementerio General, donde fueron inhumados en el mausoleo de la familia.

Euviamos nuestro pésame á su familia y á todas las demás enlazadas con ella.

Muy bien hecho!—El ejército alemán puede servir de modelo á los de otras naciones, no solo por su disciplina é instrucción, sino también por su moralidad y religiosidad.

Las autoridades militares castigan con severidad hasta las faltas más ligeras del soldado; pero vigila más y es más severa con los jefes, y con los jefes de mayor graduación, convencida de que las faltas de éstos son mucho más trascendentales, por el mal ejemplo.

El hecho siguiente, que ha merecido el aplauso universal, es una prueba de los altos principios en que se inspira la autoridad militar de Alemania, y el vigor con que aleja del ejército todo elemento desmoralizador.

Un periódico mexicano lo refiere del modo siguiente:

"La autoridad militar alemana ha dado el retiro forzoso á Mr. Egidy, teniente coronel de húsares, por haber publicado un folleto en Leipzig, con el título de *Pensamientos serios*. En este folleto el autor ataca á la Iglesia Católica y sus enseñanzas, sosteniendo que esas enseñanzas fundadas en la fé sobrenatural, no responden á las exigencias de los tiempos modernos. Declara que las tradicionales creencias cristianas no pueden ejercer ninguna influencia vivificante sobre los espíritus.

"La autoridad militar alemana ha juzgado, que jefes que no creen, son indignos de ejercer mando sobre los soldados, porque se hallan incapacitados para comprender el alcance de la responsabilidad moral de su cargo."

Si en todas las naciones la autoridad militar apreciara tanto las creencias religiosas, y se convenciera de la trascendencia de ellas en la disciplina del soldado, pronto sus ejércitos serían tan morales y disciplinados como el de Alemania.

Defunción.—A las cinco de la mañana del nueve del corriente, falleció en La-Libertad, víctima de una fiebre aguda, el señor don *Mariano Morales*.

Su viuda y sus numerosos hijos lamentan con razón la falta de un esposo ejemplar y de un solícito padre. La sociedad en general ha perdido un honrado ciudadano, que no perdía ocasión de ser útil á sus conciudadanos.

Recibió los santos sacramentos, y se le hicieron solemnes honras fúnebres.

Enviamos nuestra condolencia á toda la familia, especialmente al Ilustrísimo señor Obispo, de quien era pariente muy cercano.

Al saberse la triste noticia, S. S. Ilustrísima partió á la Nueva San Salvador, con el fin de unirse á la familia, y con el de hacer personalmente los oficios religiosos.

Carta interesante es la que hemos recibido y publicamos á continuación. Nada hay, en efecto, más trascendental en los destinos de un pueblo, que la educación de la juventud; y señalar cuáles son los establecimientos de buena educación, es hacer un servicio interesante á las familias y á cuantos desean el adelanto de su patria.

San Salvador, Julio 7 de 1891.

Señor Redactor de "El Católico."

Presente.

Señor:

Es una gran verdad que, los establecimientos regidos cristianamente, no pueden menos de dar tarde ó temprano los más bellos frutos.

Digo esto á la vista del crédito y justa fama que cada día adquiere el "Liceo Salvadoreño," dirigido en esta capital por el inteligente y virtuoso presbítero don Francisco Moreno.

El método de enseñanza allí adoptado, la idoneidad de los profesores, el orden, y, sobre todo, la manera de inculcar los sentimientos cristianos, que como todo el mundo sabe, son la base de todas las virtudes públicas y privadas, hacen de este plantel uno de los más preciosos de la República.

Ultimamente, según informes fidedignos, sabemos que la mayor parte de los niños confesaron y comulgaron, y que continúan preparándose los que por primera vez van á recibir el Pan celestial, para hacerlo de la manera más conveniente.

¡Que el Señor, que permite en su bondad infinita que se hagan tales beneficios á la juventud estudiosa, sea bendito y recompense al digno Director!

Sabemos también que el establecimiento va á trasladarse muy pronto á la amplia y sólida casa del señor Pizzioli, por estar ya la que ocupa, en bastante mal estado. También este será un nuevo é importante beneficio para el Liceo; pues la nueva habitación reúne todas las condiciones apetecibles, no solo por el punto en que está situada, sino por la hermosura del edificio é infinidad de ventajas para la higiene y buena salud de los niños.

Llamo la atención de todos los padres de familia sinceramente cristianos, sobre este interesante y bien dirigido plantel; porque creo hacer un verdadero y positivo beneficio á los que desean para sus hijos buena y sólida educación.

El que estas líneas traza, padre también de familia, está cada vez más satisfecho y profundamente agradecido al señor presbítero Moreno, por el esmero cuidado que tiene de sus niños, que aunque pobres, son vistos por él y por sus dignos colaboradores, como ven á todos los niños y jóvenes que se confían á su cuidado; es decir, cómo debe verlos todo maestro católico y piadoso, como hijos, velando incesantemente y con verdadera solicitud por su instrucción y buena educación.

Dígnese Ud., señor Redactor, si lo tiene á bien, dar publicidad á estas líneas, admitiendo las protestas de gratitud y respeto de su atento servidor.

Un Padre de familia.

Los últimos versos de don Antonio de Trueba.—Los grandes talentos, y más aquellos que prefieren inspirarse en lo bello, suelen al fin de su vida llegar á lo más alto y á lo más bello de nuestra santa religión.

Dicen que lo más alto de la perfección cristiana es la conformidad de la voluntad humana con la voluntad divina, y que la oración más bella formulada por la piedad es la que pide que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios. En efecto, Jesús en el huerto hizo esta oración: *Hágase, oh Padre, tu voluntad y no la mía;* la Santísima Virgen, en el momento augusto del misterio de la Encarnación del Verbo, dijo: *yo soy la esclava del Señor, hágase en mí su voluntad;* y el mismo divino Maestro, al enseñarnos cómo debíamos orar, nos enseñó á pedir: *hágase tu voluntad aquí en la tierra, como se hace en el cielo.*

Pues bien, el moderno literato don Antonio de Trueba, uno de los más poderosos talentos y de los que más persiguieron la belleza ideal, formó casi al morir su última estrofa, cuyo último verso llega á lo más alto del catolicismo y á lo más bello de la piedad.

La reproducimos de un periódico mexicano:

" Dicen que el cisne, cuando muere, canta;
Y hoy tanto de mortal mi dolor tiene,
Que acaso es la del cisne mi garganta;
*La voluntad de Dios es justa y santa,
Hágase en mí, Señor, lo que ella ordene.*"

Madrid, 16 de marzo de 1889.

Otra defunción.—Nuestro apreciable colaborador, el señor don Jesús Fernández, cuyos escritos para "El Católico" son de tanta instrucción y edificación para nuestros lectores, nos ha comunicado la triste noticia de la muerte de su respetable y virtuoso padre.

El señor don *Matías Fernández*, nacido en la provincia de Santander de Espeña, el 24 de Febrero de 1821, se estableció en Guatemala, donde educó una familia ejemplar. Lleno de años y de méritos, falleció en Copán, Alta Vera-Paz, el 21 de Junio del año corriente.

Su apesurada familia, si bien llora la ausencia del que la edificaba con sus virtudes, se consuela con la grata esperanza de tener un protector en el cielo.

Reciba toda la familia Fernández, y en particular nuestro apreciable colaborador, el señor don Jesús Fernández, la expresión de nuestro dolor, así como las humildes oraciones que unimos á las suyas, por la gloria eterna del alma de su padre.

SECCION DE LO EXTERIOR.

NOTICIAS RELIGIOSAS

—*La Arcadia.*—El Padre Santo recibió en audiencia á una Comisión de la Academia de la Arcadia, la que tuvo el honor de presentar á Su Santidad la colección del periódico *La Arcadia* del año 1889, dando parte á la vez de la próxima celebración del segundo centenario de la fundación de dicha Academia, á la cual perteneció el Papa. La ilustre Comisión se componía del Presidente Bartolini y los Académicos Carini, Gentili y Prinziballi.

—*La inmunidad del asilo del Papa.*—Un nuevo incidente ha venido á demostrar una vez más, que respeto merece al régimen actual de Italia la inmunidad del asilo del Papa prisionero.

Un grupo de estudiantes de un colegio oficial se presentó el otro día en el Palacio del Vaticano, con objeto de visitar los museos y galerías del lado de la Plaza de San Pedro; iba á entrar por la puerta de Bronce, custodiada en el interior por la guardia suiza y en el exterior por los gendarmes italianos. Los colegiales llevaban la gorra y en la cintura las armas de la Casa de Saboya, y una escarapela con los colores nacionales.

Como los guardias suizos tienen orden de no dejar pasar al que se presente con tales emblemas, se invitó galantemente á los estudiantes para que se retiraran ó buscasen la entrada á los museos por otro lado. No faltó más para que aquella turba de chiquillos principiara á gritar desaforadamente: ¡Viva el Rey! ¡Viva Italia! ¡Abajo el Vaticano!

Ni los profesores que les acompañaban, ni los gendarmes italianos situados fuera de la puerta encontraron reprobables aquellos gritos, por que aquel insulto contra el Papa está permitido en toda Italia.

Un paso más y el insulto hubiese resonado en las mismas habitaciones, cuyo uso, por gracia especial, le es permitido al augusto Cautivo de la revolución italiana.

—*El catolicismo en los Estados Unidos.*—El Directorio Católico oficial acaba de publicar los siguientes datos estadísticos, que son muy consoladores. Se refieren á 1890.

La población católica de los Estados Unidos está calculada en 8,579,966; entre los que figuran 8,778 sacerdotes, 2,354 regulares y 6,424 seculares. Estos sacerdotes sirven 7,631 iglesias, 1,750 capillas y 2,841 oratorios, no celebrándose en estos últimos el sacrificio de la misa más que en ciertas ocasiones.

Cuenta 218 asilos de huérfanos, que albergan 24,572 niños; 39 seminarios teológicos, con 1,711 seminaristas; 123 colegios, 624 academias y 3,277 escuelas parroquiales, á las que concurren 655,328 niños.

Eclesiásticamente, los Estados Unidos están divididos en 13 arzobispados, 66 obispados, cinco vicariatos apostólicos y una prefectura apostólica.

—La advocación de Nuestra Señora de Lourdes, una de tantas con que se llama en Francia á la Santísima Virgen María; pero acaso la que inflama más los corazones de cuántos imploran los auxilios celestiales, se reviste cada día, cada año, de esplendor magnífico por los prodigios y admirables curaciones realizadas mediante su invocación.

Durante el año de 1888, han acudido 79,483 peregrinos, sin contar el sinnúmero de viajeros que aisladamente visitan sin cesar la Santa Gruta de Lourdes, depositando en ella incontables ofertas.

—*Contradicciones de Castelar.* “El Amigo del País” dice:

“Del discurso de Castelar sobre *El sufragio universal*, pronunciado últimamente en Barcelona, extractamos los dos curiosos párrafos siguientes, que están uno al principio y otro al fin de la referida pieza oratoria.

“Ruégoo que no os fieis de ningún hombre. Si mañana me oís predicar la revolución sistemática y me oís decir, que quiero una República roja, ¡por Dios, abandonadme!

“Creedme; cuando oigáis decir que vacilo, que apostato, cerrad los ojos, cerrad los oídos, no desconfiéis nunca de mí, porque de mí no debe desconfiarse.”

SECCION DE VARIEDADES.

EL Escapulario del Carmen.

En latín, la palabra *scapula* quiere decir *hombro*, por cuya razón dióse por espacio de muchos siglos el nombre de *escapulario* á la especie de blusa que se ponían los trabajadores sobre el vestido para impedir que se manchase y deteriorase. Consistía dicho escapulario en dos anchas fajas de tela que venían á juntarse sobre las espaldas, aunque dejando en medio un agujero para que pudiese pasar la cabeza, y cubrían el cuerpo hasta la rodilla por delante y por detrás.

Pero habiendo dejado de emplearse mucho tiempo ha esta prenda para los usos comunes de la vida, el escapulario ha venido á ser una insignia religiosa, con motivo de una piadosa cofradía fundada por los carmelitas en el siglo décimotercero.

Los religiosos del Carmen, cuya institución se remonta á los primitivos tiempos del Cristianismo, y que siempre han honrado á la santísima Virgen,

Madre de Dios, con un culto muy especial, viéronse obligados á abandonar su antiguo monasterio del monte Carmelo, en Palestina, para huir del furor de los turcos.

Refugiáronse en Europa, en donde encontraron muchos obstáculos, y la Orden iba á perecer, cuando su superior general, san Simón Stock, probó cerca del cielo un último y supremo esfuerzo para impedir semejante catástrofe.

Redobló sus austeridades y oraciones, y ofrecióse de nuevo con todos sus hermanos á la gloriosa Reina del paraíso, suplicándole que viniese en su auxilio. No quedaron defraudadas sus esperanzas; hé aquí en qué términos refiere el santo religioso á sus hermanos lo que le sucedió:

“Queridos hermanos míos: bendito y álabado sea Dios, que no abandona jamás á los que esperan en Él y no desprecia las oraciones de sus servidores; bendita sea también la santísima Virgen, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, que acordándose de sus antiguas misericordias en favor de su pueblo, se apresura á socorrernos en medio de las excesivas tribulaciones que por todas partes nos rodean! Como yo, á pesar de no ser sino polvo y ceniza, abriese mi corazón ante Dios, y pidiese á la Virgen santísima que tuviese á bien dar alguna señal de protección y amor á la antigua familia religiosa de los carmelitas, á quienes ella misma había honrado con el título de *hermanos de la bienaventurada Virgen María*, la santa Madre de Dios se dignó aparecerse rodeada de los resplandores de su gloria y llevando en la mano un *escapulario* misterioso, dirigióme estas palabras:

—“Toma, hijo mío, este vestido que de hoy en adelante será el distintivo de la Orden del Carmelo y de mi cofradía; en él encontrareis tú y todos tus hermanos una poderosa salvaguardia. Cualquiera que viva y muera llevando piadosamente este sagrado vestido, no caerá en las llamas del infierno, y mi protección maternal le acompañará siempre y en todas partes”.

Apresuráronse todos los religiosos del Carmelo á vestir aquel escapulario, que de este modo podía considerarse como la gloriosa librea de la Virgen; y los soberanos pontífices, después de aprobar esa piadosa institución, enriquecieron, en diversas épocas, con magníficas indulgencias, no solamente la orden de los Carmelitas, sino también una cofradía de piadosos y devotos fieles que, á pesar de vivir en medio del siglo, llevan á sí mismo sobre su ordinario vestido el escapulario de la bienaventurada Madre de Dios.

Concibese fácilmente que desde entonces hubo necesidad de modificar el antiguo escapulario, en cuanto á sus dimensiones, reemplazándole con dos pedazos de tela de lana de oscuro, cosidos á dos cintas que pasan por los hombros. Tanto para nosotros, como para los religiosos del Carmelo, el escapulario es una preciosa prenda de la protección de la santa é inmaculada Madre de Dios, para todo el tiempo de nuestra vida y particularmente para el pavoroso tránsito de este mundo á la eternidad.

No obstante, para participar de las especiales bendiciones prometidas por la Virgen santísima y para ganar las indulgencias concedidas por los soberanos Pontífices á los cofrades del escapulario, no basta que llevemos encima la pequeña insignia de que acabamos de hablar; sino que además es necesario que seamos admitidos ó recibidos en la Cofradía por un religioso Carmelita, ó bien por un sacerdote que haya recibido de la Santa Sede poderes al efecto.

Pero una cosa hay más importante todavía, y que

debe tenerse muy presente, y es que para alcanzar las gracias que están vinculadas al santo escapulario, es de absoluta necesidad vivir cristianamente. No, el que no lleve una vida cristiana, el que quebrante los mandamientos de Dios y las leyes de su Iglesia y sobre todo, el que, con sus desarregladas costumbres profane el bendito escapulario, librea de la castísima, santísima é inmaculada Virgen María, ese tal, aunque lleve todos los escapularios del mundo, no se libra del terrible juicio de Dios, y las promesas de la Madre de Dios pasarán á otros más dignos.

Tomad el santo escapulario, si os es posible; y tomadlo tan pronto como podais:

El sacerdote que os lo dé, os explicará más detalladamente de lo que podríamos hacerlo nosotros ahora, las gracias espirituales con que la Iglesia ha enriquecido la cofradía del Carmen, y en particular las innumerables indulgencias que le han sido concedidas; entre las cuales hay indulgencia plenaria para el día de la recepción.

MONS. SEGUR.

¡ Si yo pudiese creer!

Madame M. . . . encontrándose en los baños con sus dos hijos, se apercibió que un caballero de cierta edad buscaba su sociedad, y aprovechaba todos los momentos que podía, para lanzar contra la religión y sus ministros esas palabras que denotan al filósofo excéptico, al libre pensador.

De un natural tímido, y poco instruida en los dogmas católicos, Madame M. . . . no se atrevía á entrar en discusión con el incrédulo; pero viendo su persistencia en perseguirla con sus sofismas, acabó por decirle:

—“Yo no soy muy instruida, señor, para discutir con vos; ¿pero por qué queréis arrancarme la fé que hace toda mi felicidad, todo mi consuelo aquí en la tierra?”

Estas palabras pronunciadas con emoción, conmovieron tanto el alma del pobre libre pensador, que las lágrimas rodaron de sus ojos.

—“Teneis razón, señora, dijo, guardad, guardad vuestra fé, puesto que ella os consuela y os sostiene. ¡Ay! ¡Si yo pudiese creer!” añadió dando un profundo suspiro.

Desde aquel día no se permitió una sola palabra impía.

(Copiado.)

A los que vean mi cadáver.

Amigos ó indiferentes
Que mi cadáver mirais,
Tendido entre cuatro cirios
Sobre un paño funeral,

Decid, ¿qué siente vuestra alma
Cuando así mirando estais?
La calma, la indiferencia,
La lástima, la piedad?

Mis oídos se han cerrado,
Mis labios mudos están,
Mi cuerpo es trozo de hielo,
Pronto á disolverse ya,

Pero esta mudez tan triste,
Esta rigidez mortal,
Este silencio solemne,
Cuántas lecciones os den!

Ayer viví cual vosotros
Fluctuando entre el bien y el mal,
Lleno de mil esperanzas,
Que huyeron á no tornar.

Tuve amigos; pero ay! sólo
Hallé engaño y falsedad,
Tuve placeres que nunca
Pudieron mi alma saciar.

Amé la gloria y acaso
Vi relumbrar su fanal;
Pero al acercarme, sólo
Hallé densa oscuridad.

Doquiera espantoso tedio,
Proyectos sin acabar,
Aspiración incesante
A un vago y confuso ideal.

Oh Cristo! Tu imagen santa,
Que es toda luz y verdad,
Brilla en el revuelto mundo,
Cual sol en el temporal.

Feliz de mí! tras las penas,
En ella ví la verdad,
En ella busqué mi apoyo,
En ella alivio y solaz.

Esa es la filosofía
Solemne, eterna, veraz,
Ante la cual no hay sistemas
Ni elocuencia mundanal.

Que dicen más que cien libros
Este crespón funeral,
Este féretro, estos cirios
Que se oyen chisporrotear.

Confusos y pensativos,
¿En dónde estoy? preguntáis.
Misterio oscuro, insondable,
Ya estoy en la eternidad!

Más la Cruz fué mi esperanza,
La Cruz no engaña jamás;
La Cruz fué mi único apoyo,
Y ese apoyo es inmortal.

Con ella sobre mis labios
Lanzó mi alma el postrer ay!
Y se exhaló, cual la esencia
De las flores de un rosal.

Estoy nadando en océanos
De luz, de dicha y verdad.
Estoy, pasado el destierro,
En la patria celestial.

Amigos ó indiferentes
Que mi cadáver mirais,
Yo no os pido me llevéis
De mi fosa hasta el umbral.

De virtud que nunca tuve
No os pido elogio falaz,
Ni que cerquéis de laureles
Mi recinto sepulcral.

Doblad la frente! En el drama
De la existencia pensad,
Y alzad humilde plegaria
Al Dios que ha juzgado ya.

(De *El Tiempo*.)

San Salvador, Imp. de “El Cometa,” calle Morazán N.º 43